

V. Blasco Ibáñez  
Barbarie  
(*El Pueblo*, 15-9-1901)

Ha muerto McKinley. Se ha realizado una obra de justicia.

Era inconcebible que en un país donde murió Lincoln, el justo y el bueno, se salvase McKinley, el ambicioso y el rapaz.

Existe entre estos dos presidentes de los Estados Unidos, igualmente famosos por las guerras que se desarrollaron bajo sus presidencias, una distancia enorme. Los dos recibieron en sus cuerpos las balas de un asesino; pero Lincoln cayó como mártir de la más santa de las causas y fue llorado por todas las almas justas del mundo, y McKinley, al ser herido, no ha provocado más protestas que las frías y ceremoniosas del dolor oficial, amén de las maldiciones de muchos españoles, que romos de entendimiento como de costumbre, han visto la mano de la Providencia en ese pistoletazo de un anarquista, y no quisieron verla en las palizas que recibimos en Santiago y Cavite.

Adoro a Lincoln, representación de la verdadera República Americana, tradicionalmente democrática. Me inspira veneración la figura de aquel austero republicano, hijo de sus obras, que siendo leñador se hizo por sí mismo un intelectual y llegó a la primera magistratura de su país. Le contempló como mártir, trabajando por la abolición de la esclavitud, lanzando al Norte contra el Sur para dar libertad a los negros; arrostrando el peligro de la disolución de su patria con la tranquilidad del que defiende una causa grande: la causa de la humanidad y la justicia, y antes quiere perecer que ver detenidas estas en su progreso; y le veo caer herido de muerte en el palco de un teatro, murmurando entre esputos de sangre: «¡Muero contento! Me asesinan por haber dado la libertad a millón y medio de seres humanos».

A McKinley lo detesto: no con el odio mezquino de raza y de pueblo, no porque haya arrebatado territorios a España, pues para esto sería preciso odiar a todas las repúblicas sudamericanas que fueron nuestras; a Inglaterra que nos guarda Gibraltar; a Francia que nos quitó el Rosellón y el Franco-Condado; a Bélgica y Holanda que están establecidas sobre antiguo suelo español; a todo bicho viviente, pues como robamos muchas tierras en otros tiempos, todos los pueblos de la tierra nos han robado algo en justa reciprocidad.

Odio a McKinley como representante de la reacción imperialista y dominadora: como fomentador del militarismo en el país de la democracia y de las costumbres cívicas, donde Washington no quiso ser más que un simple ciudadano, y como ladrón de pueblos que ha deshonrado la más respetable de

las repúblicas, imitando los procedimientos de los reyes más poderosos de Europa.

No abomino de él porque nos quitó las Antillas y las Filipinas. Bien quitadas estaban, si era para devolverlas su libertad, para hacerlas entrar en la vida de la independencia, emancipadas para siempre de empleados rapaces y de frailes fanáticos. ¿Qué misión más santa y pura para una gran república que tender una mano protectora a los pueblos pequeños para emanciparse? Lo hubiera sentido como español; pero lo hubiera celebrado como hombre libre, como demócrata y revolucionario, viendo en McKinley el conquistador, un ciudadano tan grande como Lincoln el antiesclavista.

Pero ese hombre, representante de una gran república, ha robado como cualquier rey, por gusto, por conservar, por seguir tiranizando a los conquistados; y las Antillas y Filipinas, hoy americanas, están mucho peor que siendo españolas. Si nuestros empleados se contentaban con robar pesetas, los funcionarios *yankees*, como más listos y de mayores necesidades, cuentan sus rapiñas por duros, y en el archipiélago asiático, la república que proclama la libertad de conciencia más absoluta, mantiene y protege a los frailes por indicación de McKinley para que sigan embruteciendo a los indígenas y resalte así más fácil la dominación americana.

Yo no soy de los hipócritas que lloran ante la tumba de los poderosos. Cuando matan a un rey o un presidente de república, siento la natural impresión que en todo hombre honrado produce la muerte de un semejante; pero si tuviéramos que llorar a los hombres que mueren todos los días, no cesaríamos ni un momento de derramar lágrimas.

Lamentarse cuando cae asesinado un personaje, y celebrar en cambio como glorias los asesinatos en masa de hijos del pueblo que organizan esos mismos poderosos en los campos de batalla, es la más criminal de las hipocresías. Parece que los hombres estén divididos en castas; que unos cuantos hayan salido a la vida por diferente agujero que los demás, y que sus pieles sean preciosas, mientras que las nuestras, las de la gran masa, no valen cinco céntimos.

La vida humana es sagrada: nadie tiene derecho a atentar contra ella. Pero que comiencen por dar ejemplo los de arriba suprimiendo las guerras, les despojos en masa, y esa desigualdad social que hace que anualmente muera en peligrosos trabajos un verdadero ejército de infelices.

Cuando cae uno de los que están en lo alto estalla en el mundo un coro de lamentaciones; todos los imbéciles de la tierra se llevan el pañuelo a los ojos, porque es de buen tono llorar a los poderosos. El que ha muerto es un hombre: para la tierra solo es un cadáver más; y mientras el mundo culto protesta del hecho afirmando que la sociedad va a perecer si continúan tales atentados, el sultán de Turquía sigue levantando una verdadera montaña de cadáveres

armenios; Eduardo VII de Inglaterra procede con orden al exterminio de los *boers* que son cristianos y blancos como los ingleses; Leopoldo de Bélgica ametralla a los negros en el Congo para tener seguros sus almacenes de marfil y de caucho; Guillermo de Alemania recomienda a sus tropas en China que no den cuartel a nadie, recomendación que obedecen los soldados jugando a la pelota con los niños de bayoneta en bayoneta; Nicolás de Rusia ahorca estudiantes, fusila obreros, premia a los generales que exterminan de un golpe doce mil chinos, y en otras naciones de menos importancia, que por lo débiles y crueles parecen regidas por beatas, resucita la Inquisición en las fortalezas nacionales y los hombres son triturados por las máquinas de tormento.

La destrucción y la barbarie nos rodean. Atila ha resucitado hace mucho tiempo; pero con mejor educación, con una sonrisa fría de hombre que *está en el secreto*, y vestido de frac o embutido en un uniforme se sienta en los altos sitios del mundo.

Por un lado los gobernantes y por otro los grandes capitalistas, cifran su gloria y su provecho en atentar contra la vida humana.

La barbarie de los que matan a un hombre cubierto de bandas y cruces resulta una pálida imitación de la barbarie que impera actualmente al frente de los Estados, y para subsistir arrastra la humanidad al sacrificio.

Al día siguiente del atentado contra McKinley decía predicando en un templo de Nueva York el reverendo pastor Herbert Bigelow:

—La vida humana debe estar garantida en la presidencia; pero también debe garantizarse en las fábricas y en las minas.

Como dice el mordaz Urbain Gohier: «Todos los días los gobernantes tratan de la muerte de nosotros, los de abajo». Y esto no causa sensación ¿Por qué tantas lamentaciones cuando les llega el turno a uno de ellos?